

Meira Delmar

(En el Rep. Amer.)

"Lenta vara de espinas demorada —sobre el pálido asombro de la carne — hasta el límite rojo de la herida.— Largo viento insistente descuajando — raíces afianzadas en el gozo — y en la tierra con luz de la sonrisa.— Fuente espesa y amarga, ya la sangre — no golpeaba con júbilos alzados — la redonda pared de las mejillas.— Caían los paisajes de la infancia — como frutos maduros en sus mieles — y los dedos negábanse, trenzados — la sabida fruición de recogerlos.— Desalado huracán de locas manos — arrancaba los sueños como hojas — al propio corazón estremecido.— Y el odio derramaba sus cenizas — si enfrente de los ojos anegados — subía la presencia de los lirios.— En la noche de párpados abiertos — arcángeles rebeldes iniciaban — la sórdida teoría de la duda.— Incrédulas palabras retorcidas — cortaban como alfanjes la garganta — de pronto aridificada.— Pero siempre, detrás de la mañana — con su rostro de niño iluminado — el Angel de mi Guarda aparecía".

El fino y denso poema que acaba de leerse figura en el más reciente libro de Meira Delmar, titulado *Sitio de amor*. Meira Delmar es colombiana y forma, con Marzia de Lusigan, Blanca Isaza de Jaramillo Meza, Luz Stella, María Teresa Blanco y otros más, el cuadro de la nueva lírica femenina de su bellísima patria, patria de democracia y poesía.

El primer libro de Meira Delmar, *Alba de olvido*, apareció en 1942. Señalamos entonces la presencia de un auténtico temperamento poético, que en plena juventud aparecía libre

de resabios retóricos, de flaquezas de expresión, de todo énfasis, de todo exceso. En *Alba de olvido* se hermana, a la corrección formal de las estrofas, la vibración de una finísima sensibilidad, que dice su mensaje con muy puro acento. Sin embargo —justo es reconocerlo también— a veces su lirismo se resentía de cierta "facilidad" muy apta para lograr cierta popularidad, pero ajena a esa estilización y a ese abondamiento de zonas anímicas que hallamos en la gran poesía contemporánea. Y, precisamente, en su segundo libro *Sitio de amor*, Meira Delmar —realizando una evolución digna de todo elogio, dentro de las características de su sensibilidad— ha buscado y hallado nuevas formas de expresión, más sutiles, más densas, más sugestivas, como puede valorarse —por ejemplo— en el poema que inicia esta nota. Sus propios romances, que en *Alba de olvido* constituían uno de sus méritos más destacables, son en *Sitio de amor* más musicales, más lípidos, más esenciales, en su don de síntesis y en su gracia imaginativa.

El léxico de Meira es rico, pero no frondoso (no confundamos ambas expresiones). Su adjetivación es *necesaria* para expresar cabalmente un estado de ánimo, o para sugerirlo. Y uno de los aspectos más bellos de *Sitio de amor* reside en esas canciones que Meira le ha susurrado al mar, en esa costa colombiana donde sus sueños vagabundean.

Creemos que el nombre de esta escritora no debe ser olvidado siempre que se hable de la actual poesía americana.

Gastón FIGUEIRA.

Montevideo, 1948.

La ley del vivir

(En *El Diario de Hoy*. San Salvador, El Salvador. Mayo 30 de 1948).

El hombre tiene que ser, antes que todo, un ser vivo. El hombre no debe despegar sus raíces de la tierra, no debe divorciarse de la vida. Una generación que desapareciese —como un coro de ángeles que se pierde en las nubes— por haber roto sus vinculaciones con el mundo, sería una generación suicida. La misión del hombre es hacerse dueño de la tierra para tener en ella, como un pedestal, un sitio desde donde medir la grandeza y sentir la belleza de lo otro.

La condición inexorable de que el hombre no despegue sus pies de la tierra es paralela a la condición esencial de que no quite su frente del cielo. Un hombre que se divorciase del ideal, de la verdad, de la belleza, del mundo de los valores, de la substancia misma de su historia, sería un ser negado a sí mismo: dejaría de ser hombre para convertirse nuevamente en la mansa y oscura bestia del campo. Bien haría en soltar la herramienta de su mano, en abandonar la noción agitada en su mente y arrojar como un harapo el amor de su corazón.

El hombre es cosa de lo alto, pero también es cosa de lo bajo, de la tierra. Cuando el Maestro dice que no sólo de ideal vive el hombre, nos recuerda que también vive de pan. Cuando el profeta ve a las multitudes lanzarse como fuerzas ciegas exclusivamente tras los bienes materiales, es su deber recordarles que también viven y han menester del ideal. Cuan-

do el profeta las ve despegarse de la tierra, hasta caer en el engaño de creerse impuros por poseer un cuerpo, es deber del profeta recordarles que también deben vivir de la tierra.

La guerra nada dice contra el progreso moral de la humanidad. Un pueblo que por circunstancias históricas se ve precisado a un estado de hambre y oscuridad, o que ve llegar al enemigo a sus fronteras, tiene el derecho de hacer la guerra para vivir. El hacer la guerra no dice nada contra ese pueblo. El choque de la barbarie contra los mármoles y las instituciones atenienses no dice nada contra los bárbaros. Si la barbarie hubiere permanecido en su cubil, acosada por el frío y el hambre, superpoblada y empobrecida, se habría suicidado. Su deber era romper las murallas que la encarcelaban, lanzarse a la vida, aunque su lanzamiento implicase la destrucción de las ajenas civilizaciones. El primer deber del hombre es vivir.

Un pueblo que no reaccione —y en la forma compatible con su saber y su poder— ante el riesgo de la muerte y la opresión, es un pueblo que ya no tiene derecho a engendrar, a perpetuarse. Si un anatómo hiciera la disección escrupulosa del hombre que en el caso de necesidad dejó de reaccionar en la forma primitiva, encontrará en sus vísceras el testimonio ineludible, fatal, de que ya había empezado a morir. El hombre y el pueblo que no se defienden son apenas cadáveres ambulantes,

seres que más pertenecen a la muerte que a la vida.

Las funciones vitales, eso que oscuramente el sabio da en llamar instinto con acento opresivo sencillamente porque no ha llegado a descifrar su contenido vital, es el lastre y el asiento de la misma vida. Un ser que ha perdido la voluntad de dominio, de procreación, la curiosidad y el anhelo de elevarse armónicamente en el plano de la vida, es ya un ser que ha empezado a negarse. Ya no hay en él la condición integral del ente vivo.

Nada dice contra el progreso moral del mundo que el ser deformado delinque, que el ser oscurecido peque, que el extraviado ignore la armonía social. Tendríamos ante nosotros un ser de especie distinta en el hombre que con la tara alcohólica, sifilítica, epiléptica o de cualesquiera otras naturalezas patológicas, actuase como una maravilla. No podemos argumentar acerca del hombre partiendo de verdaderos despropósitos lógicos.

El progreso cultural y biológico de la especie no presupone, ni implica, la desintegración del hombre mismo, la desintegración de su ser. Tomar la excepción de una crisis para deducir principios filosóficos de esta naturaleza, es ir contra la verdad que pretendemos abordar en nuestro vuelo.

N. VIERA ALTAMIRANO.

¿Qué es luz y qué es sombra?

(Envío del autor)

¿Podríamos definir la una, dejando de involucrar la otra? No.

Luz y sombra existen, en lo que definimos como luz y como sombra.

Definimos dónde hay luz y dónde hay sombra tomando como base la máxima luz y la máxima sombra que puede apreciar el ojo humano; que también podríamos llamar la mínima luz y la mínima sombra apreciables.

Desde luego sería absurdo negar que ambas, luz y sombra, son principios antagónicos, representativos de estados diametralmente opuestos, como lo son, por ejemplo: el frío y el calor; sin que por esto dejen de ser temperaturas más o menos elevadas. En el caso de la luz y la sombra, podríamos llamar: estados de visibilidad.

Tampoco podríamos negar que existen infinitos estados de luz y sombra, porque nuestros sentidos sean incapaces de captarlos.

Además, concebimos un punto neutro, como aquel en que ambas manifestaciones tienen igual intensidad.

Si pensamos en esto, desde el punto de vista real de que la luz y la sombra son infinitas en sus manifestaciones, llegamos a la conclusión de que cualquier intensidad de luz y sombra, puede ser, la Absoluta Luz o la Mínima Sombra, o viceversa.

Esto depende de la base de apreciación.

Si la luz y la sombra son infinitas en su dual aspecto de manifestación, deducimos, pues, que son eternas; y siendo lo infinito atributo propio de la Divinidad, encontramos así, el origen de la luz y la sombra en la divinidad misma, y siendo la Divinidad: Uno Indivisible, es, pues, la Absoluta Luz y la Absoluta Sombra con todas sus gradaciones, y por lógica lo Neutro.

Manuel MARROQUIN MORENO.

San José, Costa Rica, 1947.